

EL PAISAJE EN JORGE ISAACS (1).

El primer nombre que se me ofrece—no sólo por razón de importancia, sino también por orden cronológico—es el de Jorge Isaacs, único gran poeta del Valle en el movimiento romántico de Colombia; único, sí, pero el alma de poeta de más hondas vibraciones que ha producido nuestra patria y la gloria literaria más difundida y universal, que poseemos, resumen genial—como observaba un fino espíritu crítico—de todos los portaliras vallecaucanos que después de él han dicho su amor y su alabanza a la tierra madre.

Frecuentemente, cuando de Isaacs se habla, afirmase que en la obra del autor de *María* ocupan puesto muy inferior sus versos. Pero quizás no exista razón que justifique afirmación tan categórica. Es indudable que *María* ha otorgado al poeta esa gloria extraordinaria, siempre creciente, que agregó hace poco un laurel más a su corona con el decreto de una edición, oficial de la novela colombiana en los Estados Unidos. Por ella, pues, ha obtenido el nombre de nuestro compatriota, resonancia mundial, y sin ella su gloria habría quedado restringida a los países de habla castellana, ya que sólo en ellos son conocidos sus versos.

María fue el pasaporte que exhibió Isaacs el día en que se aprestó a entrar a los vastos dominios de la posteridad. Los hombres examináronlo, y con los ojos plenos de lágrimas abrieron calle de triunfo al que tan gallardamente acudía a la conquista de la meta. Mas, aun en el supuesto de que no nos hubiera legado ese libro maravilloso, «el idilio más fresco y más ingenuo que posee la literatura universal,» según concepto del doctor Max. Grillo, Isaacs, por sus versos, habría mere-

(1) De la tesis de grado titulada *La emoción del paisaje en los poetas del Valle del Cauca*.

cido ser contado entre los primeros poetas colombianos. ¿Acaso puede olvidarse que de su pluma—y más que de su pluma de su alma, porque Isaacs escribió siempre con el alma—surgieron poesías como *Tén piedad de mí*, *La casa paterna*, *Río moro*, *Después de la victoria*, *La oración*, *La tumba de Belisario*?

Amado Neruvo, en un libro de lectura escolar, exquisitamente seleccionado y poblado de los más sentidos—y a veces penetrantes—comentarios, afirma, al incluir en su antología dos estrofas de Isaacs, que son ellas lo único que en el bāgaje poético de éste pueden escogerse como dignas del autor de *María*. ¿Conocería el poeta de Méjico toda la producción rimada del bardo colombiano?

Me he detenido en la revaluación de los versos de Isaacs no porque los considere a la altura de su novela—que nada en nuestra literatura existe que pueda parangonársele—ni porque pretenda reducir mi estudio a ellos, sino porque estimo de justicia proclamar, con todo el fervor de mi admiración hacia el glorioso terráneo, el mérito, tántas veces desconocido, de su obra rimada. Por lo demás, antes que en ellos, me detendré en *María*, en cuyas páginas encerró Isaacs, como en cofre mágico, indemne a la acción corrosiva de los años y los siglos, todo el paisaje, todo el ambiente, todo el amor y el dolor de aquella naturaleza creada por Dios para deleite y regocijo de los hombres.

* * *

He ensayado a demostrar en el capítulo primero, al hablar de la emoción del paisaje, la razón que, a mi modo de ver, ocasiona melancolía en todo aquel que contempla amorosamente, comprensivamente la naturaleza. En ningún otro paisaje de los que mis ojos han visto, cúmplase la manera tan fiel como en el del Valle

del Cauca lo que, quizás por habérmelo hecho sentir tan hondamente, he expuesto y sostenido en la iniciación de este ensayo. Todos los que hemos leído a *María*, conozcamos o no el teatro maravilloso en que se desarrolla, hemos sentido nuestros ánimos embargados por una melancolía imposible de precisar, por algo que no es el dolor inexorable que va desprendiéndose de cada una de sus páginas, ni la zozobra angustiada del presentimiento, ni la amargura final, nutrida en la muerte y en la desesperanza. Aparte de todo eso, aunque naturalmente vinculada a ello por el consorcio encantado que hay entre el drama y el paisaje, consorcio que hace que la naturaleza se vista de luto y se aborrasque en la primera enfermedad de María y que presenta ante Efraín, en la tarde postrera, «la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche,» símbolo de la desolación y el desamparo de su espíritu, aparte de ese consorcio, digo, palpita en el libro toda la melancolía de las llanuras inmensas, de los atardeceres campesinos, de las aguas errantes y de las nubes migratorias.

Acaso alguien pudiera objetar que la emoción melancólica que nos produce el paisaje en *María* nace, no del paisaje mismo, sino del poeta que lo describe y válese de él para enmarcar soberbiamente su obra. Mas la objeción no sería tal, sino por el contrario, la aceptación de lo expuesto. El poeta estaba contagiado de la melancolía de las cosas, que él había hecho vivir largamente en contacto con su alma. La emoción viene de las cosas y ennoblecida por el alma del poeta, como en un filtro hechizado, llega hasta nosotros.

Isaacs resumió el ambiente del Valle. Ese, para mí, el mérito mayor de *María*. Todo está allí. Su genio incomparable aprisionó en las páginas del libro, sin empuqueñecerla ni deslustrarla, la visión prodigiosa de

la tierra que él amaba con todo el fervor de su encendido corazón y con todo el ardor y toda la intensidad sentimental de su sangre judía. El paisaje había hecho suyo al poeta y el poeta había acopiado, como tesoro invaluable, las maravillas del paisaje. Leyéndolo, he sentido tentación de interrogarlo, con palabras de Ricardo Nieto: «¿El paisaje está en ti o está en las cosas?» En toda la obra de Isaacs encuéntrase, anota Gustavo Santos, «ingenuidad en la visión, en las sensaciones, en los sentimientos; fusión íntima entre su vida afectiva y cerebral y la vida universal, la vida de la naturaleza, de tal modo que en *María* nunca podemos separar la psicología de María o Efraín de la psicología del paisaje; sus vidas van como engastadas en la naturaleza, y no sabemos si el perfume que nos embriaga leyendo la obra genial viene de las almas de los protagonistas o viene de los jazmines, de los lirios, de los paisajes que encontramos a cada paso.»

Al mismo autor a quien acabo de citar debo la observación a que he hecho referencia en el comienzo de este capítulo, observación que se desprende fácilmente de los conceptos anteriores y que revela una fina penetración crítica y una emocionada comprensión de la obra del autor de *María*: en Isaacs están resumidos todos los poetas del Valle que han cantado al Valle después de él. Para lograr cima tan alta necesitó Isaacs, además del genio, la estrecha hermandad que lo unió siempre al campo de su niñez y un fervor hacia el paisaje nativo digno de la hermosura casi inverosímil de aquel retazo del universo y del espíritu extraordinario que lo interpretó.

* * *

«Si el mayor triunfo de Isaacs—apunta don Antonio Gómez Restrepo—consiste en haber enriquecido el arte patrio con esa figura ideal, digna hermana de *Vir-*

ginia, de *Atala*, de *Inocencia*; merece también la palma por haber fijado en las páginas de su novela panoramas magníficos de su tierra natal. Isaacs se crio en el campo, y le eran familiares los luminosos paisajes del edén caucano. La naturaleza, que sirve de fondo a la novela, no es la convencional, pálida y muerta de los que toman sus rasgos descriptivos de una realidad que no han visto sus ojos ni sentido sus nervios, sino que van a buscar reflejada en las obras de otros autores. En algunas páginas de *María* se respira el grato y confortante olor de las praderas humedecidas por el rocío; el aroma penetrante de las flores del trópico. Sobresale en la pintura de los amaneceres y de las puestas del sol; y sus descripciones al propio tiempo que ostentan gran riqueza de matices, tienen un timbre musical que les da más hondo y misterioso hechizo.»

Es indudable la anotación del maestro. En la pintura de paisajes matutinos y crepusculares el poeta alcanzó a reflejar, como espejo encantado, toda el alma de la naturaleza, plena de luces múltiples, de sonidos de musicalidad exquisita, de vibraciones acaso demasiado recónditas, demasiado cordiales para ser percibidas por quien no tenga el corazón, como Isaacs, en contacto perenne con el corazón armonioso de la tierra.

«No había amanecido aún—escribe en el Capítulo XXXIII—y tuve que salir en busca de aire mejor para calmar la especie de fibre que me había atormentado durante el insomnio de la noche. Solamente el canto del titiribí y los de las guacharacas de los bosques vecinos anunciaban la aurora: la naturaleza parecía des-perezarse al despertar de su sueño. A la primera luz del día empezaron a revolotear en los plátanos y sotos asomas y azulejos; parejas de palomas emprendían viaje a los campos vecinos; la greguería de las bandadas de loros remedaba el ruido de una quebrada bulliciosa; y

de las copas florecientes de los písamos del cacaotal se levantaban las garzas con leve y lento vuelo.»

Y más adelante en el Capítulo XLV: «Una tarde, ¡hermosa tarde que vivirá siempre en mi memoria! la luz de los arreboles moribundos del ocaso se confundía bajo un cielo color de lila con los rayos de la luna naciente, blanqueados como los de una lámpara al cruzar un globo de alabastro.»

Encuéntrense también en *María* descripciones de noches tropicales, llenas de aquella inefable sugestión misteriosa y perfumada de las noches campesinas. Bastaría recordar el siguiente bellissimo párrafo que encierra un cuadro de hermosura suprema, y en el cual se advierte—como dice Gómez Restrepo—además de la riqueza de matices, el timbre musical propio del poeta: «La noche continuaba serena: los rosales estaban inmóviles: en las copas de los árboles cercanos no se percibía un susurro; y solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponentes. Sobre los ropajes turquíes de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nivea que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca; y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejante a una urna convexa de cristal azulado incrustada de diamantes.»

* * *

Una de las mayores bellezas del Valle del Cauca está en sus ríos, creados para dar relieve y vida a los paisajes por donde arrastran la transparencia cristalina de sus linfas y la música de sus ondas, lírico encanto de los hombres, de las bestias y de las cosas. A manera de venas por donde circulara, con hervor de vida, la savia de esa tierra de promisión, palpita en ellos el ritmo cósmico, que adviértese en el agua más clara-

mente que en los otros elementos. ¿Acaso no ha sido de sobra repetido que el agua da, en la armonía universal, la imagen del alma?

El río padre, el viejo Cauca, divide el Valle en dos dilatadas comarcas que, nómbrense *bandas* en el pintoresco lenguaje de mi tierra. Turbio y sereno, pleno de dádivas, mas arrebatado a veces por vértigos iracundos, atraviesa el Valle desde las colinas de Quilichao hasta los ásperos declivios de las montañas antioqueñas. Tormentoso en la iniciación de su curso, se aduerme en las llanuras, para tornar más tarde, enriquecido ya, a la agitación de los cauces precipitados. A él afluyen, como a centro inevitable, todos los ríos que surcan, en tupida red, las dehesas pobladas de sembrados y rebaños.

Cantarinos, transparentes, atormentados sobre lechos de suplicio o suavemente adormecidos sobre cauces de arena, los ríos menores, en escala que va desde La Vieja hasta el Nima, alimentan y embellecen los extendidos contornos. Nacidos en las faldas de las dos cordilleras que enmarcan aquel país edénico, descenden en generoso zigzaguo en pos de la vena madre que ha de llevarlos al océano. Son a manera de serpientes de cristal y de plata que juegan sobre un fondo de verdura uniforme. Ríos azulinos—dice un poeta a quien sorprendiera la belleza de aquellos prodigios de nuestra naturaleza—ríos azulinos que hacen pensar si en sus ondas se condensaría la luz cerúlea del cielo en la primera mañana del mundo, o si entre sus aguas vertían lágrimas opalinas las sirenas cuando, huyendo ante la muerte de los mitos griegos, subieron quizá desde el mar hasta las corrientes nemorosas del incomparable Valle» (1).

(1) Max. Grillo.—*Jorge Isaacs y su obra.*

Isaacs que por modo tan completo abarcó en su visión genial el paisaje caucano y aprisionó en su libro todo el ambiente y el sabor regionales, tenía por fuerza que ser, como lo era, un fervoroso enamorado de aquellos ríos de cuentos de hadas. Su obra está llena de los rumores del Zabaletas y del Amaime, del Dagua y del Nima. Estos ríos son, en *María*, algo así como hermanos del poeta: uno arrulla sus sueños y canta su alegría en las horas felices; otro se acrecienta y se azota contra las riberas en la noche en que María hállase, por primera vez, amenazada de muerte; el torrente que circunda la casa, parece llamar con voz fraternal, desde el abismo en que se agita, al mancebo desamparado que en la tarde del último día recorre los sitios que fueron teatro de sus amores y su felicidad: «Una hora después..... ¡Dios mío! ¡Tú lo sabes! yo había recorrido el huerto llamándola, pidiéndosela a los follajes que nos habían dado sombra, y al desierto que en sus ecos solamente me devolvía su nombre. A la orilla del abismo cubierto por los rosales, en cuyo fondo informe y oscuro blanqueaban las nieblas y fronaba el río, un pensamiento criminal estancó por un instante mis lágrimas y enfrió mi frente.....» Y, por último, expresa en el soneto *La tierra madre* su anhelo de reposar para siempre en La Vega del Peñón, al arrullo amoroso del río compañero de su infancia:

«Envejecido en el dolor, ya quiero
dormir en tu regazo, vega umbría,
do el Cali en sus murmullos repetía
cantos de mi niñez y amor primero.»

La pintura del agua alcanza en Isaacs efectos sorprendentes. Acaso las más bellas descripciones de *María* son aquellas en que el poeta se detiene, con amorosa delectación, en la contemplación de los ríos familiares:

«Aprovechando una angosta y enmarañada trocha, empezamos a ascender por la ribera septentrional del

río. Su sesgo cauce, si tal puede llamarse el fondo selvoso de la cañada, encañonado por peñascos en cuyo fondo crecían, como en azoteas, crespos helechos y cañas enredadas por floridas trepadoras, estaba obstruido a trechos con enormes piedras, por entre las cuales se escapan las corrientes en ondas veloces, blancos borbollones y caprichosos plumajes.»

Y en otro lugar: «Bajé a la vega montuosa del río por el mismo sendero por donde lo había hecho tantas veces seis años antes. El trueno de su raudal se iba aumentando, y poco después descubrí las corrientes, impetuosas al precipitarse en los saltos, convertidas en espumas hervidoras en ellos, cristalinas y tersas en los remansos, rodando siempre sobre un lecho de peñascos afelpados de musgos, orlados en la ribera por iracales, helechos y cañas de amarillos tallos, plumajes sedosos y semilleros de color púrpura.

«Detúveme en la mitad del puente, formado por el huracán con un cedro corpulento, el mismo por donde había pasado en otro tiempo. Floridas parásitas colgaban de sus lamas, y campanillas azules y tornasoladas bajaban en festones desde mis pies a mecerse en las ondas. Una vegetación exuberante y altiva abovedaba a trechos el río, y a través de ella penetraban algunos rayos de sol naciente, como por la techumbre de un templo indiano abandonado.»

Alguien ha dicho que la transcripción es una manera de hacer crítica. Amparado en este concepto y a pesar de que he citado tal vez con demasiada profusión (¿cómo no hacerlo tratándose de *María*?), quiero, antes de entrar a investigar la emoción vernácula en las poesías de Isaacs, engalanar estas páginas con la descripción más bella--a mi modo de ver--que en *María* se encuentra. Oigamos, pues, de nuevo, para regalo del alma, a este «drúico enlabiador,» como lo llama Grillo:

«Descendí a las anchas vegas del río, donde acercándose a las llanuras es menos impetuoso; formando majestuosas curvas, pasa al principio por en medio de colinas pulcramente alfombradas, de las que ruedan a unírsele torrentes espumosos, y sigue luego acariciando los follajes de los carboneros y guayabales de la orilla; se oculta después bajo las últimas cintas montañosas, donde parece darle en murmullos sus últimos adioses a la soledad, y al fin piérdese a lo lejos, muy lejos en la pampa azul, donde en aquel momento el sol, al esconderse, tornasolaba de lila y oro su raudal undoso.

«Cuando regresé, ascendiendo por los tortuosos senderos de la ribera, la noche estaba engalanada ya con todos los esplendores del estío. Las espumas del río tenían una blancura brillante, y las ondas mecían los cañaverales como diciendo secretos a las auras que venían a peinarles los plumajes. Los no sombreados remansos del río reflejaban en su fondo, temblorosas, las estrellas; y donde los ramajes de la selva de una y otra orilla se enlazaban formando pabellones misteriosos, el fondo sombrío reflejaba la luz fosfórica de las luciérnagas errantes. Sólo el zumbido de los insectos nocturnos turbaba aquel silencio de los bosques soñolientos; pero de tiempo en tiempo el bujío, guardián celoso de las espesuras, revoloteaba a mi alrededor haciéndome oír su silbido siniestro.»

* * *

En la obra poética de Isaacs, o, mejor, en la parte rimada de su obra, porque toda la obra de Isaacs es poética, predomina el aspecto subjetivo, la emoción propia, la inquietud espiritual sobre la visión del paisaje. Este sólo interviene entonces pasajera y secundariamente, en dibujos rápidos, mas llenos siempre del genio del poeta que los traza. Son cuadros delineados a grandes rasgos, como fondos de decoración, para in-

tensificar en el ánimo del lector la emoción que fluye a través de los versos:

«Desierta la campiña... el sol poniente...
azuladas las cumbres del oriente...
la selva umbrosa... el límpido raudal...
al fin bajo tus bosques te diviso,
paterno hogar, hermoso paraíso
que sin culpa perdí ¡cuán bello estás!»

Adviértese también en algunas poesías de Isaacs, especialmente en *Río Moro* y *Nima*, la misma delectación que hemos hallado en *María* cuando el poeta se detiene en la descripción de los ríos. Parece que su espíritu encontrara imagen fiel en el curso de las aguas, errantes siempre como él y como la raza de su padre, abismadas aquí en visiones de ensueño, reposadas y serenas, y atormentadas allá en rápidos declives y entre piedras hostiles que, al quebrar sus ondas, arráncanle quejas que son cantos:

«Eres hermoso en tu furor; del monte
lanzado en tu carrera tortuosa,
vas sacudiendo la melena cana
que los peñascos de granito azota,
y detenido, de coraje tiemblas,
columpiando al pasar la selva añosa;
las nieblas del abismo son tu aliento,
que en leves copos despedaza el viento.»

Río Moro

«En los veranos,
¡cuán dulces horas
pasé en sus bosques;
bajo la sombra,
viendo perderse
las tersas ondas,
de los guadales
las verdes copas
meciendo, raudas
o perezosas!» — *Nima*.

MARIO CARVAJAL